Rodolfo Walsh, Los oficios
terrestres (1965)

Fotos

1

—Niño Mauricio, vaya a la Dirección.

El niño Mauricio Irigorri le tocaba el culo a la maestra, eludía el cachetazo y en el recreo cobraba las apuestas. Tenía una hermosa letra, sobre todo cuando firmaba «Alberto Irigorri» bajo las amonestaciones de los boletines. Don Alberto no reparaba en esos detalles. Estaba demasiado ocupado en liquidar a precios de fábula un galpón de alambre de púa que empezó a almacenar cuando la guerra de España. Ahora el alambre no venía de Europa porque allá lo usaban para otra cosa. «Gracias a Dios», repetía don Alberto, que por esa época se volvió devoto.

A fin de año la señorita Reforzo se quitó a Mauricio de encima con todos cuatros. («Ese chico necesita una madre», comentó.) Entró en sexto de pantalón corto y bigote. El de sexto era maestro y el niño Mauricio tuvo que inventar otros juegos, con pólvora, despertadores y animales muertos. Tal vez se adelantaba a sus años y a su medio, y por eso no era bien comprendido.

—No te juntes con él —decía mi padre.

Yo me juntaba igual.

—¿Eh, Negro? —proponía Mauricio mirándome desde la esquina del ojo.

—¿Y si tal cosa? —protestaba yo.

—Hay que divertirse, Negro. La vida es corta.

Mauricio pegaba una oblea, la oblea decía «Dios es amor», Mauricio la pegaba en la maquinita de preservativos, en el baño del Roma.

2

No quiso entrar a la Normal porque era cosa de mujeres. Don Alberto lo mandó al comercial de Azul. Depositaba en él grandes esperanzas que nadie compartía. A los tres meses estaba de vuelta, elogiando el río y el cañoncito del parque. «También hay mucho comercio», dijo a modo de esclarecimiento.

Ese año me vine a Buenos Aires. Le escribí, no me contestó. En mayo tuve carta de Estela. Te estoy tejiendo un pulóver, aquí ya empezaron los fríos. Mamá, que a ella tampoco le gustan las tías, pero este año no hay más remedio, sos muy chico para ir a una pensión. ¿Y es cierto que estudiás latín? Ah, a Mauricio lo echaron. Yo veía las grandes pestañas de mi hermana Estela sombreando la carta. Las mujeres siempre lo quisieron a Mauricio.

3

Cuando empezaron a mermarle las botellas de guindado, don Alberto prefirió no tenerlo más de lavacopas. Entró de aprendiz tipógrafo en *La Tribuna*. Por esa época.

**INAUGUROSE EL MEODUCTO
PRESIDENTE PERÓN**

Asistió el gobernador

Lo echaron.

—Un error lo tiene cualquiera —dijo Mauricio.

4

Diciembre y allí estaba en la punta del andén, haciéndose el distraído para no encontrarse con la mirada de mi padre. Me había sacado una cabeza de ventaja, pero ésa ya no era su medida, ni los pantalones largos y el cigarrillo colgando del labio, sino el gesto de rechazo, de conquista y de invención con que probaba el filo del mundo y rebotaba, descubriendo siempre una nueva manera de lanzarse al asalto, como un revólver que agota su carga y luego se dispara a sí mismo, el cañón, el tambor y hasta el gatillo, quemado de furor y desmesura. Apoyado en un poste me miraba y su mano izquierda oscilaba suavemente a la altura del hombro en una especie de saludo.

Mi padre terminó de hablar con el jefe de estación, y sólo cuando todas las valijas estuvieron a mi lado y el peoncito esperando órdenes, se volvió hacia mí con los brazos en la cintura —una alta figura quemada por el sol, alta desde el chambergo hasta las botas— y yo sin saber si debía darle la mano o besarlo hasta que sacó de adentro una lenta sonrisa de metal y me puso la mano sobre el pelo.

En el trayecto a la camioneta, me crucé con Mauricio sin mirarlo.

5

—Dejaron la tranquera abierta: el toro se escapó. Corrieron los avestruces: así se matan los caballos. Cosas de gringo.

—Fui yo.

—Cosas de gringo bolichero —insistió mi padre moviendo suavemente el cabo del rebenque como un gran índice—. Ya te tengo dicho.

—Campo hay por todas partes —comentó después Mauricio.

Pero no un campo con media legua de laguna como aquél, no el campo donde andabas a lo pueblero, con las riendas sueltas, rebotando en el recado, con la escopeta en la mano, saliendo ensangrentado de los cardales, tiroteando las gallaretas, hundiéndote hasta las verijas en el barro.

Acordate: el cerro donde apareció el gliptodonte panza arriba con la panza llena de agua llovida. Acordate: la noche en que no encontramos más que las riendas en el alambrado y tuvimos que volver a pie entre los juncos. Acordate: el espinel lleno de tarariras.

¿Campo como ése? Dónde, Mauricio, dónde.

6

Mauricio, a los quince años, mide un metro setenta y cinco, es campeón de bochas en el almacén de su padre, se acuesta con la sirvienta. Por un tiempo pareció que se iba a dedicar a la guitarra, pero su verdadera vocación es el codillo.

7

Agita una mano y se va.

Dobla una esquina y se va.

Salta a un carguero y se va.

Sonríe:

—Chau, Negro.

Y se lo traga el tiempo, la tierra, la gran inundación de la memoria. Circula clandestinamente en las historias del pueblo y de la familia. «No es malo, pobre», dice mi madre. «Tiene mala suerte.» (Las mujeres, siempre.) «¿Mala suerte al truco?», replica mi padre.

Lo han visto por el lado de General Pinto, trabajando en las cosechas de maíz o girasol.

Quiso ser boxeador en Bahía Blanca, y un negro le desfiguró la cara.

Gana un camión al pase inglés, lo pierde al siete y medio.

8

«Pasó por el pueblo —me escribe Estela— sin saludar a nadie. Paró con un camión colorado frente al Roma y a todos los que fueron a hablarle les dijo que estaban equivocados, que no los conocía. Únicamente conversó con el rengo Valentín, el lustrabotas. Valentín dice que preguntó por vos y nadie más, que se tomó una botella de cerveza y se fue. Venía del sur, iba para Buenos Aires, el camión estaba cargado de bolsas, eso es lo que dice Valentín. Mamá engripada, papá con mucho trabajo, la semana que viene hay un embarque grande de hacienda, de muy mal humor, dice que si las cosas siguen así habrá que degollar las vacas en el campo, que nadie sabe para quién trabaja, y otras cosas que no te puedo repetir, a ver si escribís. ¿Así que te dieron un susto en zoología? Su hermanita le dijo, estudie los celenterados. P. D. Te podés figurar cómo se quedó don Alberto, está muy viejo, yo creo que esas cosas no se hacen.»

9

Entre dos puntos de un campo existe una diferencia de potencial de un vol cuando al transportar un culón de uno al otro se pone en juego el trabajo de un yul.

Sieds, sieds, sieds, seyons, seyez, siéent. Imp.: Séyait, séyait, séyaient. Fut.: Siéra, siéront. Pr. Subj.: Siée, siéent. Ger.: Séyant.

Lugones nació en 1874 en Río Seco y se mató en 1938 en el Tigre. Estaba desilusionado.

¿Eh? Tres valencias, una libre.

Sed nōstri milites dāto sīgno cum infēstis pīlis procu... procucurrīssent...

—Sobresaliente, Tolosa. ¿Qué piensa seguir?

—Abogacía, señor.

—Política, ¿eh? No olvide las musas. Nuestros grandes políticos llevaban un tintero en el chaleco.

10

—Acordáte quién sos —decía lentamente—, y que todo esto va a pasar. La ciudad se muere sin el campo, y el campo es nuestro. El campo es como el mar, y las estancias están ancladas para siempre, como acorazados de fierro. Otras veces han querido hundirnos y el campo siempre los tragó: advenedizos sin ley y sin sangre, el viento de la historia se los lleva, porque no tienen raíces. Ahora nos insulta por la radio, pero tiene que comprar el trigo afuera, porque este año nadie va a sembrar. Levanta la gente, pero no levanta las vacas. Las vacas no entienden de discursos. Llegará el día de la razón y del castigo, y entonces muchos van a sufrir. Hay que prepararse para ese día.

En el corral el polvo amarillo de las ovejas se alzaba como una profecía. Los perros descansaban su perfil heráldico en los portones. Mi padre tiró al suelo la última tarja.

—Setecientas cinco —dijo y el capataz asintió con una mueca de tierra.

La sonrisa de mi padre se hizo profunda como la intimidad del monte, se contagió a los dedos con que armaba sin mirar un cigarrillo, atento al presente del número y a la entraña del futuro.

—Estoy contento con vos —dijo sacando de la campera un billete de quinientos—. Tomá, andá a divertirte.

Los guardé, en la galería me encontré con Estela, me parece que no hay con quién divertirse.

—No me importa nada —dice Estela—. Por mí que reviente —y se va a esconder a su pieza.

Nadie quiere pronunciar su nombre.

11

Volvió el tiempo de las ciruelas, y después el tiempo de las uvas, y el día de tomar el tren y mirar por la ventanilla el monte gris-plomo que crecía en niveles simétricos, de las acacias a los álamos y los eucaliptus: cubiertas, torretas, un puente.

Navegaba, sin moverse, en el tiempo.

12

Cá-da-grá-no-dea-ré-naes-un-ca-mí-no destino

6 10

En-el-de-siér-to - — — — — sino

4 8 10

No me gusta.

Cada grano de arena en el desierto cierto

Es un camino, cada — — — — muerto

6 10

— — — — — puerto

4 8 10

— — — — — cada ola un puerto?

6

Bosta.

«... que le pongas un telegrama antes de tomar el tren, así te va a esperar. Que no te olvides que tenés que enrolarte, y que aquí no hay partida de nacimiento, así que vayás a la calle Uruguay y pidás un duplicado. Si me prometés que no vas a contar, te tiene reservado un regalo, el oscuro que te gustaba; Roque lo ha puesto mansito, come azúcar de la mano. Poné cara de sorpresa. Mamá, que esa pensión no le gusta, que retirés todas tus cosas y despues tomás otra. Que no te dan bien de comer y pasás frío y que ésa no es compañía para vos. No sé cómo sabe todas estas cosas, a lo mejor las inventa. La plata no importa, dice. Yo no sé si te vas a enojar, pero los versos que me mandaste me parecieron tan lindos que los hice publicar en *La Tribuna*, y aunque salieron únicamente con tus iniciales (no me atreví a más) ya todo el mundo sabe que sos vos. Mamá se los ha aprendido de memoria y dice que tienen mucha “filosofía” para tu edad, pero a mí lo que más me gusta es eso que dice que la vida es difícil porque está llena de caminos todos iguales y uno no sabe por cuál agarrar ¿es eso, no? Aquí todos bien, tuvimos varias heladas fuertes y el monte está todo pelado, se ve el cielo entre las ramas. El 9 de julio hay carreras en Atucha, corre el zaino de papá, ya hay apuestas, a ver si llegás a tiempo.»

«P. D. Adiviná quién vino.»

14

... Mauricio, que había vuelto, que al fin sabía lo que quería, que había bajado al fondo de sí mismo (dijo) y se había partido en diez pedazos y cada uno un dragón, y qué hacés Negro tanto tiempo, venga esa mano pajera, la de cosas que tengo para contarte. Se había estirado un palmo más todavía, y con esa pelambreira robusta y las patillas largas y los ojos negros y hundidos, parecía Facundo, o un peluquero de historieta, o

las dos cosas a la vez, pero más que nada Facundo cuando me estudiaba en silencio, astuto y sobrador, preguntándose qué habría quedado de mí en todo ese tiempo y hasta qué punto podía contar conmigo.

—Me cagaron —dijo después—. Ahora todos están contentos. Pero vení que te saco una foto.

—¿Una foto? Estás loco.

—No te contaron —murmuró extrañado, y me pareció que por adentro echaba cuentas y se preguntaba cómo era que yo no sabía el hecho más notorio en la historia reciente del pueblo.

Pero en seguida me agarró del brazo, me hizo cruzar la plaza, caminamos por la Colón una cuadra, y casi frente a la Intendencia sacó una llave, abrió una cortina metálica y me empujó al interior de un negocio recién blanqueado que en seguida se empezó a llenar de luces, pero no eran luces como las de todos los negocios sino focos blancos y reflectores como hongos en las paredes y en el techo. Me sentó en un banquito contra un lienzo blanco, y entonces vi la cámara, que parecía una cámara de cine sobre un soporte con ruedas, y Mauricio escondido detrás, asomando la cabeza por la derecha y luego por la izquierda, como un pájaro, torciendo este foco y enderezando aquél, y acercándose y poniéndome la cara de tres cuartos de perfil, y luego su voz que salía detrás del aparato:

—Sonría, boludito.

—Pero vos —exhalé—, ¿vos sabés sacar?

—Ella sabe —dijo Mauricio—. Apretás el disparador y chau.

15

Mauricio apretó el disparador y chau, salí yo, con un costado de la cara en estado gaseoso y los ojos como de vidrio aterrado. Esto, en el nuevo lenguaje de Mauricio, era un «efecto».

Me consta que algunos de sus efectos evaporaron a las más notorias y robustas personalidades locales. Pero era cierto: el pueblo ahora lo aceptaba, estaba contento con él, dispuesto a olvidar sus errores de muchacho. Don Alberto, que al fin y al cabo puso el dinero, exhibía en su almacén retratos de sí mismo cada vez más grandes y satisfechos. «¿Han visto?», parecía decir. Mauricio era un hombre, era el mejor fotógrafo del pueblo, también es cierto que era el único, y yo comparecí ante la oficina enroladora con esa foto de estupor que me mira ahora desde una libreta ajada entre sellos y colores patrios, la gran arma de la democracia, dijo mi padre burlesonamente, recordando quizás la época en que el canto y la resurrección de los muertos lo hicieron senador provincial allá por el treinta.

16

—¿Te das cuenta? Yo estaba viviendo para nada, corriendo de un lado al otro como si el mundo me persiguiera. De golpe me despertaba en Esquel o en Salta. Nunca sabía lo que iba a hacer al día siguiente. Me sentía muy libre, pero era falso. No era yo el que se movía.

—¿Qué era?

Mauricio se inclina sobre el billar, premeditando un bagre que después llamará un lujo.

—No sé, un nudo en la garganta, algo que me empujaba, me decía: «Rajá, pibe», y a la mañana siguiente me levantaba tempranito, salía en ómnibus, a pie, como fuera. Una vez dejé en la cama a la gorda más linda de mi vida, otra vez mi única valija. Pero no estaba loco, sabés.

—¿Y ahora?

—Ahora es distinto. Todo me vino bien. Sin eso, quién te

dice, el viejo no me compraba el estudio. Ahora estoy quieto, y los demás se mueven —me mira de reojo, desde la intención de un pase de bola inmutable en el paño—. ¿Comprendés, Negro?

Me parece que no quiero comprender, que Mauricio se propone algo más enorme que nunca y mientras dice «Raya» y cuelga el taco, vuelvo a verle aquella vieja expresión de buscar roña, una cosa anhelante que se le desparrama por las narices.

—Vení, vamos a divertirnos.

17

El pueblo se acaba en seguida cuando uno empieza a caminar. Mientras bordeamos el galpón del ferrocarril, Mauricio me dice «Son putas, sabés», y ya es tarde para volverme atrás. De la oscuridad viene una música rasposa, un árbol se hace a un lado y aparece una mancha cuadrada y blanca que es la puerta del rancho de doña Carmen. Mauricio entra pisando fuerte, alguien dice «Cayó piedra» y cuando paso yo, hay un segundo de indecisión, pero el baile sigue.

Doña Carmen fuma en un rincón y oigo que le dice a Mauricio «Para qué lo traes a este pendejo, después vienen la madre y la abuela a quejarse, yo no quiero líos». Mauricio dice «Yo respondo» y la rodea a la vieja de jarana hasta que la cara barbuda y quemada de doña Carmen termina por abrirse en una sonrisa sin dientes y le dice a Rosa:

—Rosa, bailá con el dotorcito.

Bailo con Rosa, que es la menor de las muchachas de doña Carmen y está llena de cosas que crujen debajo del vestido, pero después de unos tragos de ginebra o de vermú —porque ya no distingo— termina por parecerme linda, y entonces Mauri-

cio muriéndose de risa nos empuja a una pieza donde hay un catre y cierra la puerta por afuera. Y mientras hago lo que puedo y Rosa me ayuda y pienso «Así que era esto», oigo como en sueños la voz de Mauricio que dice «Que se calle ese mamao», y después una de piñas.

Que me cuentan al día siguiente. El camionero dijo:

—Yo estaba antes.

Y Mauricio:

—Que se calle ese mamao.

Pero Mauricio había aprendido en Bahía Blanca con el negro.

Así que ahora le debo cosas que no se perdonan.

Al día siguiente mi padre no me habla.

—Se supo —me dice Estela al oído.

18

En secreto Mauricio se propone algo exorbitante: quiere ser un artista, dedicarse al Arte. Él, que no ha podido aprobar un año del secundario, que no lee más que historietas y furtivos libros de «educación sexual», que mantiene con el mundo una relación tan superficial como apasionada, se planta frente al mundo y con un gesto chiquilín de ferocidad enuncia que quiere completar la innumerada y terrible creación, y eso con algunas fotos sacadas en un pueblito del Ferrocarril Sur, en la República Argentina.

«Apretás el disparador y...» ¿Y? Vaya a saber. Parecía tan saludable, tan asentado, y ahora se le ha colado adentro algo irreparable. Un imperceptible movimiento interior, un resorte que se mueve, que descubre una abertura y en el acto la cierra, pero por esa abertura, ese descuido del alma, entra algo insaciable y destructor... ¿qué es?

240

—Mauricio, querido, ¿qué te pasa?

—Dejame, viejo, ya vas a ver. Esperate que le agarre la vuelta a esto y te juro que el mundo entero se pone a vivir de nuevo, fresquito, recién hecho.

—¿Qué mundo? Esas viejas, esas chicas de primera comunión que van a que les saqués el escracho con esos tules, esa estupidez, esos conscriptos...

—Eso es para vivir, pibito, ¿no te das cuenta? El mundo está acá —palmeando la Rollei que desde entonces siempre le vi colgada al pecho—. Es cuestión de verlo. El campo cuando sale el sol, los tipos en el boliche jugando al codillo, una muchacha nuevita paseando por la plaza, todas esas cosas que si no las agarrás de alguna manera, se te van para siempre.

—Es como agarrar el agua.

—¿Y vos no escribís tus versos? Se te ocurre una idea que te gusta y la sujetás para que no se vaya.

—¿Pero vos qué ponés? Un artefacto mecánico, que no piensa, que no elige. Es como decías vos, apretás el disparador y la cámara hace lo demás. En eso no puede haber arte.

Se ensombreció.

—Tomalo como un chiste —dijo con rencor.

Estaba lastimado. De golpe volvía a tener la cara que tenía cuando chico, cuando se lanzaba contra algo que lo rechazaba, ese gesto empecinado y dolorido al mismo tiempo.

—Mostrame algo —le dije.

19

Era la misma laguna en la que habíamos pescado y cazado, donde nos habíamos bañado y él se había perdido en un bote, el mismo mundo acuático de garzas y de nutrias, de juncos y totoras.

241

Estaba atardeciendo, la emulsión había fijado para siempre aquellos reflejos inasibles, el claroscuro del crepúsculo, el agua y el viento, una olita subía y se quedaba petrificada sin regreso, un pato silbón no iba a llegar nunca a su nido en los pajonales, estaba fijo como un punto cardinal, letra de un alfabeto desconocido, los juncos negros en el contraluz se inclinaban como un coro, las nubes estiradas contra el horizonte parecían otra laguna más vasta, acaso un mar.

Era una buena foto, por ser de un aficionado. Traté de imaginar cómo quedaría trasladada al sepia en el suplemento dominical de *La Prensa* con el título «La Oración». Y sin embargo...

¿Qué me inquietaba? El lugar yo lo conocía bien. Había sido tomado desde la loma que llamaban el Cerro, en el cuadro de la Noria. En aquella entrada que hacía el agua a la izquierda solíamos ir a linternear con los peones. En aquel islote lejano apareció una vez un paisano muerto.

No sé por qué, ese sitio familiar me resultaba, de golpe, desconocido, un paisaje del que no se vuelve, porque ya es demasiado tarde y se está muy lejos. La oscuridad crece alrededor por segundos y el agua se vuelve cada vez más honda. Un lugar último, un espejismo del corazón, y en todas partes estaba escrita la muerte.

Vi la cara ansiosa de Mauricio.

—¿Qué te pasa? —dijo.

—Nada. ¿Es la primera que sacaste?

—Sí —ufano ahora que había sorprendido mi interés—. El año pasado, con una Kodak de cajón, así que figurete.

Traté de figurarme, pero no pude. Quería decirle que volviera, que no pusiera el pie ahí, que la noche, pero era demasiado absurdo. Estábamos en su estudio, brillantemente iluminado, y las otras fotos que me mostró eran solidariamente mediocres, empastadas, pretenciosas.

Qué trampa, Mauricio, qué joda.
¿No es como una cabeza, una cámara? Una cabeza insomne, la Gorgona que mira y paraliza.

20

Cosas para decirle a M.:

El arte es un ordenamiento que no está previamente contenido en sus medios.

En todo caso, si un ordenamiento así resultara artístico, el creador sería el creador de los medios.

Míster Eastman es el verdadero autor de todas las fotos que se sacan con una Kodak.

Si el elemento natural no se puede subordinar o eliminar, no hay arte, como no lo hay en la naturaleza misma.

Por qué no te dedicás a la guitarra, vos tocabas lindo.

El goce estético es estático.

Integritas, consonantía, claritas.

Aristóteles. Croce. Joyce.

21

Mauricio:

Me cago en Croche.

Mauricio:

No, viejo, si ya caigo. El arte es para ustedes.

Mauricio:

Si lo puede hacer cualquiera, ya no es arte.

Mauricio:

Cómo querés que lo tome, Negro.

Mauricio:

No te preocupés, si ahora lo hago por morfar no más. Y por tenerlo contento al viejo.

–Debilidad general, le voy a recetar un tónico –dijo el doctor Ríos guiñándome un ojo–. La patria necesita soldados en la universidad tanto como en los cuarteles. Se avecinan tiempos, ¿eh? Perímetro insuficiente, la libreta a la salida, saludeme a su padre. A ver, el huevón que sigue –la fila de hombres desnudos avanzó un paso.

A Mauricio le tocó un regimiento en Neuquén, tuvo que dejar el negocio en manos del boticario Ordóñez, que se lo atendía dos veces por semana.

–Un tipo sin imaginación –me comentó después–. Te saca una foto como si fuera una radiografía. Un accidente de tránsito, eso es una foto para él. La luz choca contra vos y rebota. Y los estragos del accidente, ésa es la foto que el tipo te ha sacado. Viejo, yo no pongo el escracho para que me fusile un zanahoria de éstos.

Ordóñez se reía:

–Un fotógrafo es un peluquero, un boticario, a ver si al peluquero o a mí se nos da por hacernos los artistas.

fotógrafo del regimiento, no te rías que no es chiste, vos no sabés cómo me la dieron al principio, porque a los tipos como yo los tienen junados desde la guerra de la independencia. Me pasé los dos primeros meses entrando y saliendo del calabozo hasta que me salvó la Roli un día que me mandaron a limpiar el jardín del mayor que estaba limpio como una tabla, no sobraba ni faltaba un yuyito. Es así como te joden, te encargan algo que está hecho, y si te ponés a pensar te parece que estás loco. O sinó te ponen en una punta del campo de centinela en el desierto y te dicen que no podés apolillar y que si aparece el

enemigo tenés que tirarle, pero qué enemigo, viejo, si ahí no ha habido nunca un enemigo, y te pasás la noche pensando Soy un gil. Hasta que un día me avivé y me dije Yo a éstos los voy a joder, y me presento al teniente, Mi teniente, quiero aprender a leer, y el tipo dice ¿Pero vos no sabías leer?, un día te vi leyendo el diario, y yo le digo Miraba las figuritas de los chistes, y el tipo dice por qué te presentás recién ahora, y yo le digo porque me daba vergüenza, mi teniente. Así que entré en la clase de los analfas, todas las noches venían a sacarme del calabozo para ir a clase y podía estirar las piernas y cuando quise acordar el que se divertía era yo. Vos sabés qué plato, que te enseñen de nuevo, me sentía chiquito, eme a, ma, ele o, lo, y me moría de risa. Negro, por adentro, claro, y al principio me hice el difícil, no podía aprender a leer glo-bo aunque el teniente dibujaba en el pizarrón un globo grande como una casa, y yo leía na-bo, y cuando el tipo se chinchaba me hacía el fesa y le preguntaba, pero eso que dibujó, ¿no es un nabo?, y los otros puntos se meaban de la risa. Pero después fue lindo porque empecé a entusiasmarme con la lectura y cada día leía mejor. Les saqué tres cuerpos de ventaja a los otros grasas, el teniente estaba emocionado, me ponía de ejemplo y les decía, Miren a éste que era más bruto que todos y ya casi lee de corrido, pero ¿qué te contaba? Ah, los yuyitos del mayor, estaba sentado en ese jardín pensando qué podía hacer, y ya iba a sacar un pino de una punta para ponerlo en otra punta, cuando aparece la hija, una pibita de doce años que era un budincito, y no sé qué me dio que le dije, Esperate un cacho, voy a buscar la cámara y te saco. Me patiné un rollo y la que me salió más linda la amplié en el pueblo y se la di al mayor, que se puso tan contento, y desde ese día soy el fotógrafo oficial del regimiento. Un cacho que te muestro, éste a caballo es el mayor, no, el de

arriba, y éstos son los grasas paleando nieve, uno dieciséis por el reflejo, y ésa es la burra Domitila, un quinientos de segundo, pateando a un graso, y éstos son indios. Te cobran diez mangos cada pose, veinte si es una mina, mirá qué tetas, mirale al indio los poros en la cara, y no se dejan sacar más de tres o cuatro porque piensan que se gastan y que si los escrachás demasiado terminan en fantasmas. Mirá, pero mirá que venir a encontrarte acá, Negro, así que vas a ver a los viejos, yo estuve de licencia por allá, acompañame hasta el andén que el mío sale antes, sí, para Zapala.

24

Estela:

Qué suerte, pero yo sabía que te ibas a sacar sobresaliente, y por las dudas le hice una promesa a la Virgen. Vos no creés en esas cosas, pero mirá cómo ayudó. Papá dice que Privado es lo más difícil y que ahora tenés el camino abierto y que vas a ser el abogado más joven de la familia. Yo lo mismo que siempre, casi no salgo, este mes fui a un baile en el club, pero ahí no se puede entrar desde que cambiaron la Comisión. Va demasiada «gente», sabés. ¿Sabés quién se casó? Tu maestra de quinto, la gorda Reforzo, se casó con el carnicero. Me ofrecieron el puesto, pero Papá no quiso, dice que él me paga el sueldo. Claro, no se trataba de eso, pero él no quiere transar con nada desde las últimas elecciones. Con el intendente no se saluda, cruzan de vereda cuando se ven. Hace meses que tendría que ir a Buenos Aires para comprar una esquiladora y un carterpillar, pero siempre lo posterga; no quiere leer los diarios ni prender la radio para no escuchar al que te dije. Eso sí, ahora viene mucha gente de allá a consultarlo, y se pasan horas hablando en el escritorio, a las mujeres no nos dejan meter baza. Tu amigo M. volvió hace

246

una semana y en seguida tuvo una trifulca con Ordóñez. Fuimos al cine una noche, y no hizo más que hablarme del servicio militar; después quiso llevarme al estudio y mostrarme las fotos que sacó, pero yo no fui porque era tarde. P. D. Mamá insiste en que te hagas una escapada para su cumpleaños. Otra: quemá esta carta, por las dudas.

25

Paulina que incendia el pueblo.

Por la mañana cuando pasa rumbo al colegio con ese modo de caminar que aquí nunca se ha visto los tenderos se asoman a las puertas y las señoras que van al mercado la azotan con los ojos.

Por la tarde cruza la plaza en diagonal como un rápido cuchillo cortando un aire lastimado de espesas miradas y de intenciones que se quiebran en el cancel de la viuda de Grijera donde tiene pensión y refugio inabordable.

Así cunde en la iconografía de los baños del Roma y el Australia.

Un viajante dijo conocerla en Pehuajó, y los otros se rieron.

Los domingos santifican la misa: por ella crece la feligresía.

Los chicos más audaces de quinto aceptan monedas para llevarle inútiles mensajes. Las madres no se explican que hayan ido a buscarla en otra parte:

—Habiendo tantas chicas preparadas en el pueblo, que ahora vigilan a sus novios y el hijo del intendente Bonomi ya no sabe si ama a la hija del doctor Pascuzi, pero el Chevrolet de la intendencia suele aparecer como por casualidad, mañana y tarde, frente a las puertas del colegio.

—No es para tanto —dice Mauricio—, lindas piernas, lindo culito y un perfil con mucho porvenir, pero no tiene nada acá

247

adentro. El otro día la saqué a bailar, no hablábamos de nada, a lo mejor es tímida. ¿A vos qué te parece? No me animé a meterle mano, como no es de acá.

26

Mamá:

Estela no se decide a escribirte, muy desganada, no sé qué le pasa. Tal vez debió aceptar el grado que le ofrecieron en la escuela, pero tu padre no quiso. Yo creo que una temporada en Buenos Aires le haría bien. A lo mejor vos podés convencerla. En el pueblo hay noticias, ¿no sé si conociste esa chica que tomó el grado en vez de Estela? Bueno, «dicen» que anda con M. ¿Qué me contás? En mayo o junio iremos por allá, tu padre quiere cambiar el auto. Vendió bien los últimos Hereford, ahora no quedan más que mochos en todo el campo, que va bien, lástima que no se consigue quién trabaje. Le quisieron meter el sindicato y los sacó carpiendo, pero hay días que no come, de tan furioso que está. ¿Hasta cuándo, no? Todos muy contentos con tus exámenes, ojalá que sigas así. P. D. Escríbele a Estela, está triste esa chica.

27

—La locura, viejo, no creía que me iba a agarrar así. Sabés lo que me pasa, que la miro y todo se me vuelve de ese color turquesa, esa porcelana viva que tiene en los ojos. Después fijate esa nariz y la línea del cuello, imagínate ese perfil en contraluz mirando al horizonte. No te rías, salame. Ahora tengo que agarrar la máquina otra vez, pero en serio, porque esto es justo lo que yo buscaba, con esto me curo de tanto loro que uno tiene que sacar. Es como hacerla de nuevo, te das cuenta, línea por línea, siempre igual pero distinta. Quiero sacarla de todas

248

partes, de arriba, de abajo y de adentro. Y qué cuerpo, Negro, vos sabés lo que, no quiero ni pensarlo. No, al principio yo pensaba que era pavota, pero después que hablaste un tiempo con ella, te das cuenta. Sabe de todo, hasta francés, pero mirá qué suerte, y para colmo tiene guita.

—A vos nunca te interesó la plata.

—¿Plata? —masculla esa noche mi padre en el comedor—. La familia tiene un casco de estancia por el lado de Lobos, hipotecado hasta las raíces del último sauce. ¿Por qué te creés que la mandan a trabajar?

La mirada de mi madre se derrama en sucesivas, protectoras ondas sobre la cabeza gacha de Estela, concentrada en la sopa.

28

Detrás una arboleda y a la izquierda el laguito artificial que tuvieron que hacerle a la Diana bizca de mármol para que no la mancharan con alquitrán y en todas partes la luz derramada como un polen. Mauricio tiene la cara levemente echada para atrás, con una sonrisa pensada, entre viril y tierna, dominante y protectora, mientras pasa el brazo por la cintura de Paulina, separada treinta centímetros por lo menos, aunque inclina la cabeza hacia el hombro de él, y así parece más cercana. Los dedos de esa mano la ciñen con fuerza, pero se adivina que están confinados a ese estricto paralelo, ese horizonte único, y que para arriba y para abajo hay una zona por ahora inexpugnable, donde se estrella cualquier ímpetu, momentáneo o calculado, mientras Mauricio no se haga sacar por el boticario Ordóñez esa otra gran foto donde aparecerá un poco más rígido y mucho más decidido, vestido de azul o de negro, y a su lado una gran mariposa blanca que entre tules sonrío una definitiva sonrisa de amor y perplejidad.

249

... el doctor Jacinto Tolosa (h), hijo del caracterizado vecino y hacendado, quien esta noche será agasajado en la sede del Club Social con el doble y venturoso motivo de la culminación de sus estudios universitarios y la publicación de su primer libro de poemas. (Foto Mauricio.)

—No, querido, ponete ahí. Eso, junto a tu vi..., tu padre, Gracias. No, esperame, otra brindando. Un cacho, un cacho, te saco con Paulina. Bailando, sí, sinó salen todos duros. Agarrala bien, melón, no me la despreciés. Ojo, no tanto, jajajá, eso es, mi hermano. No sabés lo contento que estoy. Negro, lo contento.

Estaba esperando este día. A veces pensé que me iba a morir sin verlo. Ahora habrá que poner un poco de orden. Ese hombre echó a perder a la gente, ya no hay moral, ni respeto ni nada. Yo soy viejo, pero vos tenés un lugar que ocupar, una línea que seguir. Vas a cambiar de partido porque el nuestro se murió. Muchos años de refriega, de desgastes. Eso te va a dar una aureola de entrada, a la gente le gusta que los hijos enfrenten a los padres, siempre que sea con respeto, es claro. Cuando hables de los valores caducos, van a pensar que te referís a mí, poné un poco de sentimiento en eso. En dos años te puedo sacar diputado provincial, sin apuro, porque los apurados se van a quemar. Acordate que la pelota se pateaba en Buenos Aires, pero el pie se apoya aquí. Tenés que conocer a la gente, los chacareros, los acopiadores, los comisionistas, resolverles problemas y pleitos, sacar presos. No te fijés de qué partido son los presos.

Vamos a abrirte un estudio en el pueblo, ya lo tengo conversado. Ah, decile al mayor Ferriño que ahí le mando los máuseres, por aquí no hubo que usarlos. Anticipale que no voy a ser comisionado, pero que le recomiendo al doctor Gomara. Es radical y va a ser tu socio en el estudio. Eso no se lo digas. Que lo espero a cenar mañana, decile. Otra cosa, empezá a fijarte en esos contratos de arrendamiento que les dio el tipo, yo no he querido mirarlos en todos estos años, pero me vendría bien desocupar esos cuadros.

De golpe te pusiste tan raro otra vez, parecía que no ibas a poder descansar más, la mirada se te iba para adentro, tenías como un asma, un jadeo, andabas a contrapelo del tiempo, querías llegar antes, dar un salto y estar vos solo en el lunes que viene o dentro de un año.

Mirabas el sol con rabia, el orden, los mostradores, los formularios, sudabas en invierno, tenías como un tajo blanco en la frente, donde te fajaron en Bahía, una cuña, volviste a buscar roña, le pegaste a un borracho, «La mano ahí» le dijiste a un hacendado y lo sacaste sosteniéndose los huevos.

Las novias y los cadetes se volvieron amarillos en la vidriera, el neón se desangró, las placas se velaban, las lentes se pudrían como ojos enfermos, el gusano del mundo nadaba en las cubetas, cada línea recta se corrompía y vos te tocabas la cabeza.

—No duermo, Negro, no sé qué me pasa, no duermo, ni como, ni cago.

Una mañana te esperaron dos viejas y una comulgante, pero vos no abriste, tenías un peludo padre y a esa hora la vieja Carmen te curaba con salmuera las patadas que te dieron entre todos. Ordóñez hizo un letrerito que decía:

Ahora es ella que está frente a mí y dice:

–Usted, que lo conoce tanto.

Y en la luz de la media mañana, que entra exacta y oblicua por la ventana de mi estudio, una lágrima micrométrica tiembla sin caer en cada hilera de pestañas, como puesta a pincel sobre la ordenada, conmovedora desolación de la cara que nunca estuvo tan hermosa, Paulina, y usted qué quiere que yo haga.

... participan a usted el enlace de su hija Estela con el doctor Pedro Gomara en la iglesia parroquial y recibirán a usted...

–Besame fuerte –dice Estela– y deseame suerte. Besame fuerte y deseame suerte. Fuerte, suerte –llora. El sombrero de mi madre cubre el mundo.

34

Volvió diciendo Hay que quemar todas las naves, vos has visto, las vecortas zumbaban como abejas. Pero, Mauricio, qué naves vas a quemar acá, para eso hace falta un escenario, un mar.

–No me cargués, Negro –dijo remoto y sombrío como la noche–. No me cargués, fuimos amigos desde pibes, fijate bien que estoy jodido. Hice mal en volver, no ahora, entendeme, aquella vez cuando puse el negocio. Antes la gente pensaba que estaba tocado, me veían correr de un lado para otro, es que tendría que seguir corriendo, tengo un julepe que me muero. A lo mejor todo viene de aquella vez que me caí cuando era un pendejo y me golpié la nuca y nadie vio lo que pasaba adentro. Vos viste cómo era que no podía estarme quieto, pero no sabés por qué. Es que de golpe me agarraban esas ganas de gritar y de correr, sentía un ácido en los pulmones, por mí hubiera seguido corriendo hasta La Quiaca. Hasta que saqué esa foto y me

calmé, pensé que ahí a lo mejor había una salida, que yo tenía una mirada, sabés, y que ésa era mi mirada, y el viejo me puso el negocio. Yo quería devolverles algo, mostrar, no sé lo que te digo, pero mostrar el mundo en cuadritos de papel, que se pararan a mirarlo como yo y vieran que no era tan sencillo, que eso tenía su vuelta y nadie la estaba viendo. Entonces viniste vos y me convenciste que no, pero no me convenciste del todo porque vino ella y me agarró la cosa otra vez, o a lo mejor fue cuando hacía la colimba y saqué a la pibita del mayor, no sé si te acordás. Pero Paulina piensa igual que vos, igual que Ordóñez, igual que el viejo, pero lo que pasa, Negro, lo que pasa, es que yo no me puedo quedar quieto frente a lo que veo, tengo que hacer algo, y todos me dicen que no, de golpe me siento como atado, y hasta las cosas se te ponen en contra, los negativos se rayan, la luz no funciona, no te rías, yo te digo que la luz no funciona como antes, no camina en línea recta, se vuelca de las cosas como un líquido pegajoso, está cansada de andar y nada la contiene, el mundo está podrido y en sueños me deshago a pedacitos y doy mal olor como si estuviera muerto. Me han jodido entre todos, eso es lo que pasa. Vos, el viejo y Paulina.

Lo arrastré hasta lo de Ordóñez, que le quiso dar bromuro. Mauricio pensó que era un chiste.

35

Paulina:

a] Ahora ya no hacemos más que pelear, a veces creo que me odia.

b] Al principio era tan distinto, daba gusto mirarlo porque estaba lleno de alegría.

c] La desgracia es que lo quiero. En marzo íbamos a comprar los muebles.

d] Hay cosas que una mujer no puede tolerar. Una cosa es ser liberal, yo creo que no soy ninguna mojigata.

e] Quería fotografiarme desnuda.

f] No sé por qué le cuento estas cosas. Estoy sola en el pueblo, usted es el único amigo que tengo.

36

Abre una lente de noche y las estrellas impresionan en la placa sus órbitas perfectas, iguales a las de otros millones de placas, ni la nova, ni el cometa, ni el derrumbe de constelaciones, *¿Qué hacés ahí, muriéndote de frío?*, Déjame, Negro, no te metás conmigo.

Anda al acecho tras los bancos de la plaza, en el ojo de las cerraduras, en la penumbra de los boliches, se prolonga en las paralelas de los trenes y las verticales del junco, se agazapa como un jaguar, equilibrista en los faroles, murciélago en el campanario, buscando el momento en que la noche se convierte en día, el adoquín en luciérnaga, el deseo en odio interminable, como si quisiera parar el mundo y numerarlo, restañar la gran herida del tiempo por donde sangran los hombres, frenar la corrupción que gotea de cada mirada, que nadie se mueva, va salir el Pajarito.

Mauricio, que era el rey de la joda. Ahora lo llaman: el Loco.

37

asimismo deberá tener en cuenta Su Señoría que al vencimiento de los contratos inconstitucional y arbitrariamente prorrogados ufa qué calor esos campos estaban en óptimas condiciones de explotación, situación que ya no existe pues la incuria de los arrendatarios tendría que abrir la ventana en diez años

de ilegítima ocupación dejó caer las mejoras introducidas limitándose al cómodo usufructo de la tierra sin rotar los cultivos ni usar qué cosa ni usar plaguicidas ni fertilizantes linda noche para estar trabajando aquí el viejo podría ponerme aire acondicionado ahora tengo que poner además el lucro cesante la función social de la tierra no eso lo decía el otro qué bochinche están armando ahí afuera.

El febril taconeo se detiene, ahora golpean a la puerta, una voz gime que le abra por favor y cuando corro el pestillo es Paulina, aterrada y deshecha, con el vestido roto, que cae en mis brazos.

—Cierre —dice en un murmullo—. Me quiere matar.

La llevo al sofá y como no puedo verla llorar la beso en los ojos, y luego en la boca, mientras Mauricio pateaba la puerta en la noche gritándome que salga hasta que al fin se cansa y se sienta en la vereda donde de a ratos ríe y de a ratos entona una incomprensible cantilena de borracho.

38

Fue el matrimonio Bibiloni el que al salir del Select punteó por la Colón y vio primero que nadie el humo que salía del negocio de Mauricio y las llamas que lamían la vidriera. La película había sido mala y el público gozó en secreto con aquel espectáculo supernumerario. En seguida se vio que era un fuego robusto, seguro de sus intenciones, con decenas de brazos que asomaban en imprevistos saludos por las claraboyas o lanzaban al cielo de la terraza grandes puñados de esplendor naranja. El comisario Barraza vino a estudiar la situación y alguien le armó el brazo con un hacha. Eso permitió voltear la puerta, pero no entrar; ver algo de lo que pasaba adentro, pero no impedirlo. Cámaras y trípodes se licuaban, rollos de película estallaban en ardientes

impromptus, flagrantes rostros terminaban de negarse en los negativos y, como dijo al día siguiente *La Tribuna*, allí se perdieron siete años de la historia gráfica del pueblo al que Mauricio mató simbólicamente (explicación del doctor Pascuzi).

Cuando pasé en el auto con Paulina, los bomberos voluntarios exprimían tres mangueras de jardín que lanzaban tres arcos de pipí sobre el proliferante demonio mitológico que jugaba entre las vigas derrumbadas un incontenible juego de subibaja, de arranques y ensimismamientos, de repentinas corridas hacia la calle que alejaban a los más curiosos. No se podía hacer nada. Abracé a Paulina que miraba fascinada y la llevé a la estancia. Mi madre le dio un té de valeriana y la acostó en el cuarto de Estela.

39

Ahora es la voz de mi padre que suena en la temprana galería, tranquila pero más alta, más cortante que de costumbre, hablando con el hombre de a caballo que grita y gesticula. Me levanto, me visto casi a ciegas y cuando salgo y veo la cara ce-trina y ahora pálida de Roque que con el rebenque señala a su espalda, lejos, creo que ya sé todo lo que ha pasado.

Mi padre pone la camioneta en marcha, deja una portezuela abierta por donde subo a la carrera y en el camino nos separa un silencio más grande que el campo tendido. Media hora después estamos en el Cerro, y a la orilla de la laguna los hijos y la mujer de Roque rodean algo caído, que es Mauricio con un agujero en la cabeza y un revólver en la mano.

Atenta y fija sobre sus tres patas de metal clavadas en la arena la Rollei brilla en el sol de la mañana y en su ojo azul se resume la laguna.

—Podría haber elegido otro lugar —dice mi padre.

256

40

Es la misma laguna en la que habíamos pescado y cazado, donde nos habíamos bañado y vos te perdiste en un bote, el mismo lugar donde íbamos a linternear con los peones y vos encontraste un gliptodonte. Sólo que ahora viene amaneciendo y todo está liso y manso, el agua quieta y las estrías del sol entre las nubes.

Lo que no sé, Mauricio, es por qué te estás riendo y qué hacés con el revólver; por qué le has puesto un hilo atado del gatillo que viene hasta el disparador de la cámara donde trato de meterme para ver qué estás haciendo y qué es eso que te borra un costado de la sien.

El laboratorio dice que el negativo es defectuoso y que no se pudo mejorar la copia. Pero yo pienso que vos buscaste ese efecto y que por algo te tomaste ese trabajo del piolín que da la vuelta a un poste y dispara al mismo tiempo las dos cosas. Un truco vulgar, aunque a vos te cause gracia.

Yo te dije adónde llevaba ese camino pero vos no quisiste hacerme caso. Creo que hice por vos todo lo que pude y que esta decisión que vos tomaste no es la manera mejor de agradecerme. Pero vos sabrás por qué lo hiciste.

41

... la señorita Paulina Rivas y el doctor Jacinto Tolosa (h) cuyo enlace fue bendecido ayer en la parroquia local. La feliz pareja se alejará de nuestro medio, al que la ligan tantos gratos recuerdos, para radicarse en el partido de Lobos, donde el joven jurisconsulto seguirá poniendo al servicio de la política y de la producción agropecuaria, bases de la grandeza del país, las dotes de energía y patriotismo que caracterizan a su padre. (Foto Ordóñez.)

257